

Juan Madrid

Días contados

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard
Fotografía: © Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1993, Juan Madrid
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-400-0
Depósito legal: M. 11.483-2016
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Veintitrés años no es nada (1993-2016)

Días contados nació con unas patitas ágiles y andarinas y me causó no pocas satisfacciones y algunos disgustos de gente que es mejor dejar en el olvido. En aquella época, yo aún era periodista y andaba viviendo en la calle de la Palma, cerca de la plaza del Dos de Mayo, de modo que todo lo que conté en esta novela lo viví durante más de veinte años en Malasaña. Quise contar facetas desconocidas y terribles del arribo de la modernidad y de la posmodernidad de golpe, y al mismo tiempo, en este país. Se ha escrito y se sigue escribiendo sobre la Movida, a lo sociólogo, y a veces sin buen tino, siempre desde arriba. Lo quise contar a mi manera, desde abajo, es decir, desde el punto de vista de los explotados, los miserables y las pobres gentes que van por la vida a pie sin futuro ni esperanza. Y no desde la impersonalidad del planeo a vista de pájaro.

La historia de esas dos chicas, Charo, Vanesa y el resto de los personajes, aún me conmueven al releer ahora la novela, no sin una punzada de nostalgia canalla. Yo necesitaba que los personajes de esa novela actuaran, que contaran lo que les pasaba, y así fue. Todos ellos murieron al poco tiempo y no quedaron recuerdos de ellos, de no ser porque salieron en este libro. La literatura de ficción no solo crea memoria

histórica, sino imaginarios, esa es mi íntima venganza al olvido y, también, un homenaje a ellos.

No quisiera terminar esta nota sin recordar a otros amigos que vivieron junto a mí aquella época intensa e inmisericorde, me refiero a mis entrañables Moncho Alpuente y Javier Krahe, in memoriam, y a mi querida amiga Charo Vallejo, la viuda de Moncho.

*Salobreña, Granada,
abril de 2016*

Agradecimientos para la edición de 1992

Mucha gente creyó en esta novela cuando la estaba escribiendo. Si tuviera que hacer una lista dando las gracias, sería larga. Sin embargo, no puedo dejar de constatar la enorme importancia que Mirian, mi mujer, ha tenido en la gestación, puesta a punto y finalización de estas páginas.

Ella las ha corregido una y otra vez con infinita paciencia y dedicación, señalándome errores, incongruencias, faltas y estupideces. Sin ella, probablemente, la novela hubiera sido diferente y, sin lugar a dudas, peor.

Hay otra mujer a la que también debo mucho. Me refiero a mi agente Carmen Balcells, que desde el principio tuvo fe en mí y en la novela y fue capaz de aconsejarme con infinito tacto.

Tampoco puedo dejar de señalar la labor de mi editor Juan Cruz, por encima de la mera actuación de un editor. Su amistad y confianza me honran. Sus consejos certeros no cayeron en saco roto.

Durante el tiempo en que se gestaron estas páginas, muchos amigos y enemigos, sabiéndolo y sin saberlo, me ayudaron contándome sus experiencias en el subterráneo.

Por ejemplo, Pili, quince años atrás, me contó que le pagaban por desnudarse en algunas fiestas de ricos.

Nunca le agradecí esta información y se la agradezco ahora. Otros amigos murieron mientras escribía estas letras: Juanito, Gema, Toñi y el mejor de todos, Loren. También les agradezco lo que hicieron por mí, relatóndome sus propias historias.

A todos ellos, gracias.

Días contados

Esto está dedicado a Juanjo Millás, que se presentó por Tino Bértolo a Latín de segundo, me pasó el examen y así aprobamos los tres; a Manolo Rivero, el «gordo» y a Luis Mari Brox, «Errol Flin», Félix Muriel, Rafa Roda, Juanita «la Bella» Martínez, Rafa Chirbes, Elena Cabezalí, Gabriel Albiac, las hermanas Puértolas... y en realidad a aquel curso de Letras 1967-68, que nos hizo y nos deshizo.

De este modo podremos llegar a comprender que un hombre es la imagen de una ciudad, y una ciudad las vísceras puestas al revés de un hombre, que un hombre encuentra en su ciudad no sólo su determinación como persona y su razón de ser, sino también los impedimentos múltiples y los obstáculos invencibles que le impiden llegar a ser.

Tiempo de silencio, LUIS MARTÍN SANTOS

Toda mi vida he sabido, con muy pocas excepciones, qué escribir, pero dado que he intentado decirlo todo en doce páginas, puesto que me he restringido a mí mismo de este modo, he debido escoger y seleccionar palabras que fueran en primer lugar significativas, en segundo lugar sencillas y en tercer lugar hermosas.

Debes saberlo todo, ISAAK BÁBEL

La sensación de calor y bienestar llegó a los pocos segundos. Alfredo la conocía ya. Era una vieja amiga que le transmitía fuerza y le daba seguridad. Picotazos como el que acababa de darse no eran corrientes y él lo sabía. El caballo era de la mejor calidad.

Se puso el calcetín y la Adidas blanca y sonrió a su imagen reflejada en el espejo sucio de azogue y flanqueado por los grafitis.

Sacó un bolígrafo de la cazadora de cuero y escribió en la pared del retrete: «JURO QUE SERÉ RICO».

En la confitería La Oriental había una mesa con un ventanal que daba a la calle y a Ibraín le gustaba sentarse allí. Podía observar la plaza del Dos de Mayo sin ser visto.

Alfredo le dijo:

–Buenísimo, Ibraín, buenísimo. Me ha entrado como colonia, estaba rico, rico. Tenía unas ganas que no veas, vaya caballo, un buco de cine, colega. Ya estoy flipando. Si vieras el que hay en el trullo... Una mierda... Los boquis te tangan todo el día, los muy cabrones.

Bostezó y se estiró, abriendo los brazos por encima de la cabeza y arqueando el cuerpo.

–Bueno, ¿y qué dices del curro? –preguntó Ibraín–.
¿Te has enterado bien?

–Qué guay, de acuerdo. ¿Qué voy a decirte? A tus órdenes. Tú me dices lo que tengo que hacer y ya está. Pero ya sabes que por las noches tengo que volver al talego. A las diez en la cama estás. Me cago en la leche puta.

Ibraín asintió en silencio. Por la plaza pasaban mujeres con bolsas de la compra, desocupados y niños que habían decidido no ir al colegio ese día.

–No importa, mejor. Por las noches yo también me abro del barrio. Nos veremos por las mañanas. Yo te diré dónde está la pintura, ¿entiendes? Cada día en un sitio diferente.

–Sí, entiendo, colega. Está muy claro –se acercó a Ibraín y bajó la voz–. ¿Y qué me llevo yo, tronco? ¿Cuánto parné?

Ibraín negó con la cabeza.

–Nada de dinero. Cada diez gramos que repartas te llevas uno. Puedes trincar como mínimo tres o cuatro gramos todos los días. Pero si repartes más, te llevas más.

–¿Jaco?

Ibraín volvió a negar con la cabeza y dirigió sus ojos de nuevo a la plaza.

–El caballo es para mataos. Yo sólo trabajo coca, mucha coca, eso es lo que gastan los ricos. El caballo trae muchos problemas y es para pobres. Con los ricos no hay problemas, compran sin regatear y la madera no les hace nada. Pero quiero formalidad –Ibraín lo miró a los ojos y el otro bajó la cabeza y empezó a masajearse el pie. El picotazo le escocía–. Mucha formalidad. A la primera, se acabó. ¿Te pasa algo?

–Nada, es que no puedo picarme en los brazos, ¿sabes? Hay un psicólogo en el trullo que... bueno, tengo

que estar limpio para que me siga dando bolea, ¿comprendes? Por eso no me puedo picar en los brazos. Lo tengo que hacer en los pinreles. El pringao ese del psicólogo parece que se ha quedado conmigo, el menda.

—Esos son los que mandan en las cárceles, los psicólogos. Si te camelas a un psicólogo, te cambian la clasificación enseguida. Van con el rollo ese de la infancia desgraciada y esas cosas, y enseguida mandan un informe al juez de vigilancia penitenciaria.

—Antes de ir al *trullo*, tío, pensaba que allí las cosas serían diferentes que en la calle. Y es lo mismo. Siempre hay unos que mandan y otros que tienen que obedecer y achantar la mui o sea que si no tienes dinero vas de julai por la vida. Hay quien tiene dinero y hay quien no lo tiene. Los que lo tienen viven como reyes, gastan costo, caballo, buena comida, abogados... Y los que no, pues se joden, como en la calle —dijo Alfredo.

—A mí nunca me han pillado, ni me pillarán jamás, ¿entiendes? Sólo cogen a los desgraciados, a los mataos. Yo nunca llevo nada encima, tengo tapaderas por todas partes, me cuido mucho. Si trabajas conmigo estarás seguro. Trabajamos sobre pedidos, nada más.

—Es verdad, sólo pillan a los mataos.

—No me pudieron probar nada —Ibraín sonrió—. Los estupas me estuvieron interrogando tres días seguidos. Después me sacó mi abogado.

—Por eso quiero trabajar contigo, tío. Porque sé que eres listo. No quiero volver al desparrame. Eso es una mierda. Ahora quiero otra cosa, cambiar a algo más serio... No sé, tío.

—Quieres progresar como todo el mundo, Alfredo. Quieres ganar dinero, tener un coche, un negocio, un

piso, comer bien, que te respeten. Eso es lo que tú quieres y eso es lo que yo quiero. Eso lo quiere todo el mundo.

–Un año entero dándole vueltas a la cabeza, Ibraín. Comiéndome el tarro.

–Si trabajas como yo te digo, dentro de poco tendrás una cafetería, un bar. Y después..., bueno, después el coche y el piso. Pero tienes que hacer lo que yo te diga.

–Lo que tú me digas va a misa, Ibraín.

–Primero, nada de cortar. Ya viene cortado, bien cortado. Tú sólo la repartes y a llevarte lo tuyo. Pero nada de cortar. ¿Entiendes?

–Oye, un momento, tío. Yo soy legal, eh. ¿Qué te crees? Si yo digo que para adelante, pues para adelante. Yo repartiré, nada más, y me llevaré lo mío. Perfecto.

–Escucha bien, algunos días será un kilo y algunas veces más, por eso quiero formalidad, nada de cachondeo.

Ibraín le sonrió, mostrándole unos dientes grandes y blancos bajo la barba compacta que le cerraba la boca. Añadió:

–Si no, te rajo.

–Tranqui, tío, tranqui.

–Yo estoy muy tranquilo. Pero quiero que lo sepas antes. Así no nos engañamos ninguno de los dos.

–Te digo que tranqui. Yo soy legal, joder, y si digo que sí es que sí, a mí no hace falta que me digas más.

–Es que quiero que lo sepas.

–Vale, vale.

–Tómame un café, yo invito. Y tráeme otro a mí.

Alfredo asintió en silencio, quieto al lado del ventanal que daba a la calle San Andrés y a la plaza del

Dos de Mayo, reuniendo fuerzas para levantarse y caminar hacia el mostrador, donde había tres o cuatro sorbiendo café y comiendo pasteles.

Fuera, una chica con leotardos negros corrió por la calle, se detuvo en la esquina de la cafetería-pastelería y gritó:

—¡Agua!

La plaza empezó a despoblarse. De los bancos se levantaron tres chicos y otra chica que se encaminaron a la calle Velarde a paso rápido, casi corriendo. Otros se fueron a otros lugares. De pronto una moto arrancó y se perdió calle arriba, hacia la glorieta de Bilbao.

—¿Llevas algo? —le preguntó Ibraín.

—No, nada —contestó—. Estoy limpio.

—Vete al mostrador. No quiero que te vean conmigo. Y tranqui.

La chica de los leotardos negros entró en la cafetería sin mirar a nadie. Pasó junto a Ibraín y repitió:

—Agua.

En la barra pidió café con leche y un petisú y se frotó las manos. Los que estaban en el mostrador no se inmutaron.

Ibraín sacó un periódico del bolsillo de su chaqueta y lo desplegó sobre la mesa.

Rafa llegó a la plaza desde la calle de San Andrés. Caminaba despacio con las manos en los bolsillos. Sin mirar, pasó por delante de La Oriental y se dirigió al quiosco de Paco.

Ibraín continuó leyendo el periódico.

La chica estaba acurrucada en la puerta y parecía dormir. La minifalda vaquera, subida hasta más arriba de los muslos, mostraba el comienzo de unas nalgas respingonas, sin bragas, por donde se escapaban pelos negros y retorcidos.

Se detuvo a su lado, conteniendo la respiración. Las nalgas eran perfectas, blancas. Los pelos parecían hormigas trepando por un montón de azúcar.

Le sacudió el hombro y ella se puso en pie de un salto. Su sonrisa le abrió la cara.

–Me he dormido –le dijo–. ¿Vives aquí?

–Sí, es mi casa.

–Entonces voy a ser tu vecina. Mi amiga Vanesa y yo hemos alquilado la buhardilla de al lado. Me llamo Charo, ¿y tú?

–Antonio.

–Mi amiga es muy despistada, ¿sabes? Tiene la llave, pero se le ha debido de olvidar que la estoy esperando. ¿Qué hora es? Me he tirado aquí toda la mañana y me he dormido. ¿Sabes abrir cerraduras? La nuestra es muy fácil, me parece.

–Son las doce y no tengo ni idea de abrir cerraduras. Nunca lo he hecho. ¿Por qué no llamas a un cerrajero? –le respondió Antonio.

–Los cerrajeros cuestan dinero. Además, tengo que bañarme ahora mismo. Necesito un baño de agua caliente.

Temblaba apretando un pequeño bolso marrón contra el cuerpo. Su cabello negro era muy corto, como el de un muchacho.

Antonio había visto centenares de películas en las que siempre alguien abría con facilidad toda clase de puertas empleando el carné de identidad, de modo que terminó por decirle que sí, que lo intentaría.

Ella no paró de hablar mientras él probaba meter el carné por la rendija y moverlo arriba y abajo.

–Mi marido las abría con un alambre. Lo metía por la cerradura y empujaba hacia arriba. Así entraba en cualquier sitio.

–No tengo alambre, lo siento. Hago lo que puedo. Sólo soy un aprendiz.

–Mi marido era el mejor del barrio para los desparra-
rrames, no había otro como él. Nunca rompía nada,
abría las puertas que te cagas. Si rompes algo, te comes más marrones, ¿lo sabías? Es robo con fuerza. De la otra manera es hurto, nada más.

–¿Y no puedes llamar ahora a tu marido? –él continuaba introduciendo el carné por la rendija–. ¿Por qué no lo llamas?

–No puedo, está en la cárcel, en Nanclares de Oca. Pero creo que pronto lo van a trasladar a Carabanchel con el tercer grado –se mordió los labios, cada vez más agitada–. Entonces vendrá a vivir con nosotras, pero no podrá quedarse, tendrá que dormir en la cárcel.

–¡Vaya, lo siento!

–Oye, no creas que cuando entraba a un desparra-
me lo destrozaba todo, como algunos. Sólo se llevaba

el colorado o los discos y algunas veces los aparatos, vídeos y esas cosas, pero nada más. Una vez se hizo diez gramos de jaco en un piso de gente bien en la calle Goya, fíjate. Es muy guapo, ya lo conocerás. Se llama Alfredo.

–Pues yo no puedo abrir la mierda esta de cerradura. Conmigo vas de culo.

–Tengo que darme un baño. Me siento un poco mal.

–¿Sí? ¿Qué te pasa?

–Nada, pero necesito bañarme, de verdad.

Al cabo de un rato, el carné de identidad se le había doblado y estaba a punto de romperse. Entonces, se ofreció a ayudarla y la invitó a entrar en su estudio hasta que llegara su amiga.

Se quitó la camiseta, y la dejó sobre la tapa del retrete. Tenía los pechos grandes y un poco caídos y unos pezones muy negros y cilíndricos que sobresalían como dátiles en un plato de natillas.

–¿Tienes gel de baño? ¿Eso que hace espuma? –le preguntó.

Le respondió que sí que tenía y abrió los grifos del agua caliente y vertió medio bote de jabón líquido en el agua. El vapor cubrió las losetas.

Ella sacó del bolso una jeringuilla nueva, envuelta en un saquito esterilizado, una papelina, una cucharilla con el mango curvo, un encendedor, un botellín de agua y una rodaja de limón y lo dejó todo sobre la ropa.

Los temblores eran ahora más intensos.

Puso la heroína en la cucharilla, añadió unas gotas de limón y de agua del botellín y prendió el mechero, que aplicó a la cucharilla. La mezcla hirvió.

Se buscó una vena en el dorso de la mano, aguardó a que el contenido de la cucharilla se enfriase y se introdujo la aguja.

—No soy una yonqui, ¿sabes? Me ha dado un poco de pavo porque estoy nerviosa, pero puedo dejarlo cuando quiera. Conozco a mucha gente que no puede dejarlo, que está enganchada. Pero yo no estoy enganchada, ésa es la diferencia. Cuando quiero me pincho y cuando no quiero, pues no.

Él añadió sales con aroma a lilas mientras ella sonreía, con los ojos cerrados, introduciéndose la heroína muy despacio. Se dio cuenta de que se relajaba poco a poco.

—Me gusta hacérmelo sin prisas. Despacio es mejor. ¿Quieres pincharte? Estoy limpia, eh. No tengo el sida. Si quieres te puedo prestar el pico, pero no me queda caballo. ¿Tienes tú caballo?

—No, guapa, no tengo. No lo uso. Una vez me piqué, pero fue hace mucho tiempo. Ahora paso de todas esas cosas.

Charo se encogió de hombros, aún con la aguja clavada en la vena. De pronto, echó la cabeza hacia atrás y comenzó a gemir como si estuviera haciendo el amor.

—¡Oh, oh! ¡Me está subiendo, me sube, me sube! ¡Qué gusto!

Sacó la jeringuilla de la vena y la dejó, con restos de sangre, sobre la camiseta. Se frotó el dorso de la mano, que se le había abultado un poco.

—Después de chutarme lo que más me gusta es fumarme un porrito. Me relaja cantidad. ¿Tienes costo?

Antonio fue a buscarlo. Encontró la china de hachís dentro de un paquete vacío de Winston, en uno